

E M I L I O V A Ñ S S E

OMER EMETH

ESTUDIOS CRITICOS DE LITERATURA CHILENA

Homenaje de la Biblioteca Nacional
al autor en el Centenario de
su nacimiento.
(1861-1961)

EDICIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

© EMILIO VAISSE

1961

Propiedad N.º 7953

N.º 3023

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
Santiago de Chile, 1961.

— Arturo Prat 1428 —

al autor de *El Socio* la ambición de convertir en comedia su novela «pirandellesca».

En *El Socio* la comedia está casi hecha. El ambiente de la Bolsa, el lanzamiento de las «Auríferas», la crisis de la «Adiós, mi plata», Goldenberg y su mujer, el gerente del Banco con su señora y el «tertius gaudens», la comparsa de Goldenberg... ¡qué campo para Julián Pardo y el mítico Davis! Y por entre las escenas cómicas veríamos deslizarse callada y llorosa la pobre mujer de Julián... Presenciaríamos la muerte del hijito de éste, muerte que su miserable padre añadiría, oportunamente, al debe de su cuenta. Habría para reír y también para llorar, como en la vida...

Estoy convencido de que, por la naturaleza misma de su talento literario y de su estilo, don Jenaro Prieto debiera trabajar para la escena. Ahí está el porvenir de *El Socio* y de su autor.

2 de septiembre de 1928.

EMILIO RODRIGUEZ MENDOZA

«CUESTA ARRIBA» (*)

El distinguido autor de «Cuesta Arriba» ha querido ahorrar a sus lectores y a sus críticos, no tan sólo el trabajo de adivinar, por cuenta propia y propio esfuerzo, el significado de su obra, sino también exponer, en copioso y explícito prefacio, el símbolo de su fe literaria, filosófica y política.

Es este un método, que no carece de peligros. Los críticos, gente por lo común muy atareada, agradecen sinceramente un prefacio como el de «Cuesta Arriba» que les ahorra el trabajo de

(*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

leer el libro y de formular las teorías que nacen de los hechos expuestos en él.

Aquellos que más atienden al arte que a las ideas, o a la forma más que a la materia, se dan por satisfechos cuando leen declaraciones como las siguientes: «No hagamos en «Cuesta Arriba» novela europea... El arte de aquellos mundos (es decir, de Europa) y aquellas gentes no puede ser el mismo que el nuestro... Hagan arte puro —los que puedan hacerlo—, pero háganlo sano y viril que corresponda a nuestro estado, que sea orgullosamente propio y en franca hostilidad con ese cosmopolitismo traído en maletas... Hemos querido, acaso sin lograrlo, acogernos a un estilo sencillo, bien musculado y extraño a anfibologías. En cuanto a la novedad de un asunto, renunciamos por nuestra parte a hacer consistir esta cualidad preciosa en las palabras y no en las ideas» (p. XI-XIII).

Los lectores, para quienes el arte puro es cosa secundaria, sabrán a qué atenerse, en cuanto a ideas cuando lean que el protagonista de «Cuesta Arriba» es modelo ideal de vida austera y que en en él se junta «un utilitarismo altruísta con la esplendorosa moralidad del imperativo categórico de Kant» (p. X).

Y para imaginarse las posibles escenas del libro bastará recordar que el período histórico en que se desarrolla «Cuesta Arriba» es «uno de los más inmediatos a la guerra civil de 1891».

He ahí parte de lo que nos dice el prefacio de esta obra. Pero no quiero insistir en ello, pues prefiero con mucho la novela misma de la cual puedo, si así me place, sacar conclusiones personales y en la cual hallo con placer teorías vivas, es decir, hombres y acciones que intentan y logran dar vida y realidad a las doctrinas del autor.

Dicho sea de paso: un prefacio tan explícito podría fácilmente servir de «prima» a la pereza del lector. Más vale, pues, empezar por la novela misma la lectura de este libro. Leídas a modo de «postfacio» (perdóneseme el barbarismo) aquellas 18 páginas adquieren mayor significado, valor y sabor.

El personaje principal de «Cuesta Arriba» es un mestizo. León II Rield, hijo de un extranjero (anglosajón si hemos de juzgar por las apariencias y el apellido) y de una araucana.

Muerta su madre a los pocos días de darlo a luz y apartado de su padre quien no tarda mucho en morir (o en desaparecer del relato), León II, criado y educado por mercenarios que llegan a amarlo como a hijo, aprende desde temprano a vivir solo y a luchar por la vida.

Desde los primeros años de la infancia le hallamos encerrado en el Instituto Nacional. Allí su personalidad se desarrolla lentamente y por sí sola, sin que la carencia absoluta de todo lazo de familia o de amistad perjudique su crecimiento.

Parece aquella evolución obedecer a una ley fatal, a un atavismo o determinismo que nada puede torcer o detener.

En León II obra la sangre araucana criando musculatura de fierro y la sangre extranjera fabricando un cerebro sólidamente equilibrado. De la combinación de ambos nace una voluntad dura, recta y fría: no un Rield sino un... «riel»...; una voluntad a lo Nietzsche, es decir, «una voluntad de potencia»...

Y esa potencia a cuyo servicio están unos músculos capaces, como los de Sansón, de sacudir el templo de la enseñanza, se manifiesta desde el primer momento en que puede León II ponerla a las órdenes de sus ideas.

En aquel joven el cerebro lo domina todo. Mientras sus discípulos (y aun sus inspectores mismos) viven alegremente, León Rield piensa y busca en los libros y entre los hombres quien le ayude a pensar.

Su único paseo (es decir, el único de que nos habla «Cuesta Arriba») es un acto filosófico; por poco diría de peripatetismo, si la forma del diálogo y las ideas no fuesen tan ajenas al rigor aristotélico.

«León solía frecuentar la clase de un profesor que lo atraía con la fama de su austeridad y su figura de maestro, en cuya figura reaparecían contornos y modelaciones griegas.

«El profesor a su vez se había fijado en la asistencia de ese alumno, extraño al curso y, frecuentemente, lo saludaba con cariñoso afecto.

«Una tarde se juntaron maestro y alumno y siguieron como empujados por la brisa del otoño ya bastante avanzado.

«Llegaron a una calle de palacetes emperifollados...

«Salía de esos vestíbulos, en demanda de la calle y del aire libre, una atmósfera tibia que venía seguramente de la sala en que mujeres elegantes toman, formando grupo encantador, la taza de té de la tarde.

«—El lujo en una sociedad en que cada cual quiere ser rico ¿no concluye por imponer muchas cosas, no todas buenas? — preguntó León, como reanudando el curso de las ideas emitidas en la clase por el profesor» (p. 58-59).

Por esta pregunta adivínase la índole mental y moral del joven Rield, índole no muy común en los de su edad más inclinados a apetecer el lujo que a mirarlo desde el punto de vista filosófico.

Responde el profesor: «Seguramente: una buena parte de esta sociedad, educada más que todo para el destino y la mala política, crece fomentándose la idea de la riqueza por medio de la competencia social en que cualquier observador atento descubre a cada instante gestos y decoraciones de comedia... Se diría que nadie va sabiendo que es pobre y que vive en un país cuyos montes y cuyo suelo serán pródigos, no con la jugada de Bolsa sino con el esfuerzo y voluntad constantes. Se vive en un remedo más o menos grotesco de lo europeo... ¿Y es a esto, al corte de los trapos y a la elevación de los edificios, a lo que se da el nombre de progreso?...

«Es cierto, el adelanto material existe entre nosotros, pero esa clase de progreso lo destruye cualquier vaivén cuando no tiene por base la moral, fuente de altivez, y la energía... ¿Ve usted esa gente que pasa en carruajes que se harían admirar en París? Muere el padre, se reparte la herencia, toca a cada cual

una partija que al ser gastada, sólo deja de la familia, ya disuelta, seres expuestos a todos los peligros que amagan a los que sólo en el terreno del dinero sitian sus ambiciones y su vida. Falta el dinero y entonces... entonces el edificio entero de la mentira o la vanidad estucada empieza a desmoronarse...» (p. 61).

Siento no poder transcribir todo aquel socrático diálogo que forma, por decirlo así, el riñón de este libro, y en que el autor ha sintetizado todas sus ideas...

Del paseo por la calle del Ejército y la Alameda en compañía del Maestro vuelve León, no contagiado por el pesimismo, sino, muy al contrario, resuelto a «enrielar» el progreso de Chile, a darle su verdadera norma y el carácter de originalidad de que carece.

«¡Cómo no hacer de este un gran país —dice el Maestro—, si para ello lo tenemos todo: raza la más fuerte de América, y suelo en que sólo un pueblo física y moralmente vigoroso puede vivir!» (p. 67).

«Apresuremos la reconstrucción intelectual de esta tierra... Estamos frente a frente a una nueva Humanidad (señaló el Asia lejana), apresuremos la reconstrucción del país, porque hoy las más grandes evoluciones sólo necesitan pocos años para operarse» (p. 70).

«Apresuremos»... León termina con éxito sus estudios universitarios y entra en calidad de ingeniero a desempeñar un puesto en la Dirección de Obras Públicas.

Resuelto a reconstruir el edificio social, empieza construyendo edificios fiscales en condiciones que ponen al nuevo ingeniero en conflicto con rutinas e intereses... Hermosas y tristes páginas son las que nos describen su lucha por la moralidad administrativa y en pro del séptimo mandamiento. Todo es entonces *cuesta arriba* para él, y empezamos a ver cuán gráfico es el título de la obra.

Desde el primer momento tercia en estos combates un tipo

con quien León ha luchado desde los primeros años de su vida intelectual.

Champan, el senador Champan, inspector del Instituto cuando León empezó allí sus estudios, es hoy uno de los prohombres de la política nacional.

Ambicioso desde su juventud, tan falto de escrúpulos como rico en «tupé» y en fórmulas huecas, Champan ocupa un sillón en el Senado. Pero si su posición social ha mejorado, su moralidad, en cambio, ha permanecido idéntica. Hoy Champan es el amparador de todos los robos...

Viendo que donde impera un Champan no puede un Rield decentemente «construir» ni mucho menos «reconstruir», León renuncia a su puesto oficial y, resuelto a promover de todos modos el progreso de su país, pone su talento y energía al servicio de un anciano empeñado en construir un ferrocarril transandino.

Llegando a este punto, la obra se vuelve épica. No la compendiaré, contentándome con decir que, a pesar de todas las intrigas, a pesar de Champan y de una plaga de ladrones, consigue al fin Rield que su propuesta de transandino sea aceptada por el Gobierno. Señalaré, sin embargo, la escena del cheque: ¡es una página curiosísima en que la moralidad del senador Champan toma tintes esplendorosos!... La de Rield, el tentador, es algo maquiavélica, confesémoslo, y no muy ajustada a sus ideales éticos, v. gr., al imperativo de Kant, ni a ciertos artículos del Código Penal. El «reconstructor» parece creer que el fin justifica los medios... Pero nadie, en este mundo, es lógico hasta el fin.

Al lado del anciano constructor de transandinos halla Rield a María, hija de aquel viejo luchador y, excusado es decirlo, el amor nace espontáneamente, primero, en la encantadora niña, y en seguida, en nuestro héroe. Como cabe entre héroes el idilio es breve y aquí, a diferencia de la turbamulta de los novelistas, ha sabido nuestro autor evitar la «cansada cuestión».

De la Iglesia de san Isidro en que se celebra su unión con María pasamos a la Cordillera y allí presenciamos la lucha del gigante con los «politicians» y con la montaña. Vence Rield con más facilidad a ésta que a aquéllos; pero a la postre ambos salen vencidos y la Cordillera deja pasar en sus entrañas la locomotora, emblema e instrumento, según dicen algunos, de la civilización y del progreso.

A pesar de Champan y del Champañismo, Rield ha construido su transandino y ha empezado, no en palabras sino en obras, la reconstrucción de que le hablara, en una tarde de otoño, el Maestro de perfiles y modelaciones griegas...

Rield y Champan, dos tipos contrarios, encarnan los ideales de una época: éste, el ideal de la politiquería logrera y corruptora; aquél, el ideal de «la política» sin adjetivo calificativo.

El señor Rodríguez Mendoza dice en su prefacio: «León II Rield representa síntesis claras y enérgicas, y en él, que quisiera reformar, acumulamos una buena parte de los atavismos raciales, no pocas instituciones y costumbres, acumulamos todo un programa de «ideas-fuerzas»: a veces se diría que se trata de un ser soñado o soñador; pero, para probar que no es ni lo uno ni lo otro, basta recordar que sus alas, si las tiene, se sienten constantemente atraídas por lo práctico. Ojalá, por lo demás, se multiplicaran como el trigo de buen año los soñadores que en la práctica de una vida austera, intentan juntar un utilitarismo altruísta con la esplendorosa moralidad del imperativo categórico de Kant».

Todo esto representa Rield y bien lo ve quien, antes de leer el prefacio, lee y medita el libro. Por una vez, en una novela, el sermón no desdice del exordio, cosa que no podría decirse de muchas novelas chilenas o no chilenas.

Y a propósito del «chilenismo» de ésta presentaré al autor una objeción que se me ha ocurrido más de diez veces mientras leía su obra y que recrudece en mi espíritu al leer por segunda vez el prefacio.

Concedo que «Cuesta Arriba» no es «novela europea» y que en ella todo es chileno, todo, excepto el protagonista León II Rield.

En mi concepto, si se quiere personificar un ideal chileno, es menester que el personaje en quien se encarna ese ideal pertenezca, no sólo por la casualidad del nacimiento y por la educación, sino por la sangre, a la mayoría, esto es, que sea puro latino como son los chilenos.

Ahora bien, León Rield es mestizo de anglosajón y araucana. ¿Responde ese tipo al de la mayoría de los chilenos? ¿Es normal, que un mestizo, en semejantes condiciones, posea las cualidades de ambas razas y ninguno de sus defectos?

Confieso que puede haber excepciones y que «mestizaje» no es forzosamente ni siempre sinónimo de inferioridad intelectual o moral. Pero lo es comúnmente en la vida práctica y esta es la razón por la cual los anglosajones y todos los Rield del mundo lo abominan y, cuando pueden, lo prohíben.

Demos que León II sea una excepción y que, según reza el axioma, la excepción confirme la regla, ¿será lícito erigir una excepción no sólo en regla sino en ideal?

He ahí mi objeción. Ella equivale a decir que más a mi gusto hubiese sido un protagonista que, como cualquier hijo de esta tierra, se hubiere llamado Pérez o Gómez... A esto equivale, pero ¿qué vale?...

Ella, en todo caso, no me impide ver en León II Rield un modelo digno de ser imitado por todos los chilenos.

Bien puede ser un tanto «soñado» y quizás «muy soñador»; pero es austero, es viril, es hermoso y lo que neutraliza todos los sueños, es vivo.

Siempre los ideales son algo «soñados» y quienes intentan realizarlos son siempre soñadores: mas esto, muy lejos de rebajarlos, los enaltece y hace vivir en la memoria y en el corazón de las gentes.

25 de agosto de 1910.

«DIAS ROMANOS» (*)

Días Romanos es un manojó de recuerdos. Visitando a Roma, quiso el señor Rodríguez Mendoza analizar las sensaciones que el espectáculo de la capital del mundo hiciera brotar a raudales en su alma de artista.

El libro en que tuvo el viajero la feliz idea de compendiarlas podría lógicamente dividirse en tres capítulos: Roma Pagana, Roma Cristiana y Roma Italiana.

Si el señor Rodríguez no adoptó aquella división tripartita ni tal vez pensó en ella, prefiriendo con razón historiar sus impresiones a medida que nacían y en el orden de su nacimiento, yo, al leer su libro, me he visto obligado por mis ya invencibles hábitos de analizador a adoptarla.

Y no sin motivos. De la lectura del libro resulta, en efecto, que el orden mismo de los títulos representaría con exacta proporción la magnitud decreciente de las impresiones recibidas por el autor.

Es indudable que la Roma Pagana absorbió lo mejor y lo más penetrante de su atención.

No quiero con esto decir que las páginas dedicadas a analizar las impresiones paganas sean las más numerosas del libro. Pero son, si no me engaño, las que traducen la mente misma o, si se quiere, la mentalidad del escritor.

El Coliseo, con su mole formidable, borra en su memoria el recuerdo de los mártires que allí murieron por su fe y por nuestra libertad.

Las ruinas del Capitolio y del Palatino, el Foro Magno le llevan a discutir la «eternidad» de Roma.

Dice con sincero entusiasmo:

«Mirad allá a San Pedro, os dirán millares de religiosos, de

(*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

peregrinos y de creyentes que encuentran aquí una conjunción, una cita única: la de la fe y la del arte. Pero más que por la misma fe y el sentimiento, ¿no será eterna esta ciudad porque, dominadora del mundo, dio a éste fórmulas y principios que han sido la base del derecho universal. De todos sus títulos nobiliarios, ¿no será éste el que la liga a los comienzos de la existencia jurídica, el que le conservará para siempre su blasón de eterna?

«De la Roma antigua sólo quedan ruinas y mármoles ya cansados, seguramente, de tanto rodar a través de las edades y de tanto enseñar a los que pasan ante ellos. En cambio, ciertos principios del derecho, cuyo espíritu no podría variar jamás y de que han salido tantas transformaciones posteriores, prosiguen serenos e intactos su vida secular. Borrados en los períodos de tormenta, no tardan en aparecer de nuevo, constituyendo así el lazo indestructible que liga el pasado con el presente» (pág. 121).

¡Hermosa página! Pero más hermosa fuera si aquellos benéficos «principios» sujetos a transformaciones y eclipses pasajeros no fueren siquiera señalados en dos o tres líneas.

Bien sé que aquello de la herencia jurídica romana es teoría y aun dogma corriente en el mundo, sobre todo desde los días del siglo XV, que vieron renacer el estudio de las leyes romanas y al amparo de éstas, como empollado por ellas, el absolutismo cesáreo del cual podemos aún contemplar restos no escasos en los países latinos. Hoy mismo ciertos fermentos que bien pudieron creerse muertos para siempre, algunas levaduras jurídicas de entonces empiezan a remozar y a obrar. ¿No son acaso ideales romanos los que impulsan el socialismo a pedir al Estado moderno lo que la plebe pedía a los Césares: *Panem et Circenses*? Las innumerables pensiones y todo lo que las «nuevas» legislaciones inventan para quitarnos el cuidado del porvenir y por ende el amor al trabajo y al ahorro son efectos de aquella resurrección de viejos fermentos romanos y paganos. Lo que producirán en nosotros se adivina al ver lo que produjeron en el Imperio, el cual con toda su «eternidad», cayó despedazado por los Bár-

baros. Venían éstos con principios antirromanos: *self-government*, independencia personal, representación popular; venían con todo lo que a Roma pagana le faltaba, y por cuya falta Roma pereció.

Si aún subsiste la vieja *Urbs*, si su eternidad es segura débela en el pasado al catolicismo y como el porvenir es hijo del pasado, al catolicismo la deberá.

En todo caso (y sea lo que fuere de estas ideas), a Roma cristiana débese la conservación de los tesoros de arte que tantas páginas hermosas inspiraron al señor Rodríguez Mendoza.

Son las mejores de los *Días Romanos*, y entre ellas señalaré la visita a la Venus de Cnido (pág. 81) y al Apolo del Belvedere (pág. 98).

Muy finamente observada por el autor paréceme la profunda diferencia que separa al arte griego del romano, así como la vulgaridad de ciertas estatuas imperiales comparadas con la sencilla y varonil nobleza del Discóbolo. ¡Cuán provechosa sería para algunos maestros de educación física, pero, principalmente, para los sportsmen del atletismo, una visita a esa estatua encantadora! Tal vez el ideal del siglo XX, «los *biceps* monstruosos de nuestros héroes de circo, la monstruosidad brutal del atleta moderno» perderían, en comparación, algo de su encanto.

Tarea difícil ha de ser la de escribir libros como éste, si se quiere alcanzar cierta originalidad. El tema es verdaderamente trillado y entre los trilladores hay algunos como Taine, por ejemplo, muy capaces de desanimar al más valiente.

Mientras leía la obra del señor Rodríguez Mendoza, quise leer paralelamente la obra del célebre crítico francés a quien nuestro autor reprocha su *parti pris*, es decir, su teoría de la raza del medio y del momento. No carece de razón el reproche, pero, dicho sea de paso, podría Taine, evocando un recuerdo romano, decir a nuestro autor: *Tu quoque!*...

un crítico el «llevar ya armada una fórmula», como tampoco

lo sería para el más humilde carpintero o para un arquitecto el llevar siempre un metro en el bolsillo... (1)

Dicho esto, añadiré que la lectura paralela del libro francés y del chileno no ha redundado en perjuicio del señor Rodríguez Mendoza, que es cuanto puede decirse en pro de su originalidad y valor literario.

Aun ante el gran crítico francés podría nuestro autor decir con cierto poeta contemporáneo y amigo de Taine.

Mon verre est petit, mais je bois dans mon verre.

8 de octubre de 1910.

«RUMBOS Y ORIENTACIONES» (*)

Decía el poeta Horacio que cinco años son «longum aevi spatium». Empero, si comparamos la rapidez cada vez más vertiginosa de la vida moderna, con el lento correr de los días en la época de la Paz Romana, comprenderemos que el dicho del poeta vaya haciéndose más verdadero año tras año.

Cinco años son, hoy por hoy, un gran espacio de tiempo, un espacio tan grande que en él, cual en un desierto, se extraían los recuerdos y se borran los rastros.

¿Quién hoy se acuerda del Centenario y de los entusiasmos que brotaron en 1910? De lo mucho que entonces se escribió o se habló, proféticamente, ¿quien se acuerda? ¿No podríamos, sin exceso de pesimismo, aplicar a las fiestas de aquel año me-

(1) En este párrafo hemos respetado el original.

(*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

morable el proverbio medieval: *Transeunt festivitates et remanent iniquitates*.

Sea de esto lo que fuere, entre lo mucho que se escribió en los diarios de entonces, pocas páginas merecían, más que éstas, salvarse del olvido.

En aquella época ya lejana emprendió el señor Rodríguez Mendoza en «El Mercurio» una brillante campaña, cuyas «órdenes del día», si tal puede decirse, salen nuevamente a luz en el presente libro, campaña de «rumbos y orientaciones», cuya permanente eficacia queda asegurada con esta publicación.

Lo que en 1910 pedía el señor Rodríguez Mendoza, puede y aun debe pedirse con igual insistencia en 1914.

Si se tratase de reducir a la unidad los múltiples rumbos señalados por el autor, diría yo que los artículos reimpresos en este volumen se inspiran en un pensamiento central que es éste: Instrucción, educación y disciplina he ahí las tres bases en que se funda el hermoso porvenir de Chile.

Muy fácil sería hacer converger hacia ese centro todos los rumbos, es decir, todos los artículos de este libro.

Pide el señor Rodríguez Mendoza que los establecimientos educativos ya existentes se desarrollen hasta el punto de influir en todos los chilenos. Y no sólo señala nuevas orientaciones para la instrucción primaria, secundaria y superior sino que también propone la creación de escuelas nuevas entre las cuales figura una destinada a dar a Chile políticos, administradores y diplomáticos científicamente preparados.

Nada, en efecto, es más lógico que la creación de semejante escuela. Porque, si nos dignásemos parar mientes en ello por un minuto, veríamos cuán fuera de razón es que mientras para enseñar a un puñado de chiquitines las primeras letras o para sacar lícitamente (no digamos válidamente) una muela, se exigen diplomas que sólo se adquieren después de largos y costosos estudios; en cambio, para ser senador, diputado, intendente, minis-

tro diplomático, etc., no se exige garantía alguna de preparación adquirida por el estudio.

¿Es esto razonable? ¿Cabe en cerebro reflexivo la idea de que, cuanto más difícil de desempeñar es un oficio social, tanto menores han de ser las garantías que la sociedad exige en aquellos que lo desempeñan?

Se instruye al pueblo con el fin (entre otros fines) de ponerle en aptitud de desempeñar a sabiendas su papel de elector, y a los elegidos, cuyo oficio consiste en dirigir la más complicada de todas las maquinarias que es un Estado Moderno, no se les enseña a desempeñar la peligrosísima función que se les encarga!

Para interpretar y aplicar las leyes, el juez ha de ser «letrado». En cambio, para hacerlas, el legislador puede ser, no digamos analfabeto, ya que ha de saber leer y firmar, pero sí un iletrado. (1).

Muy útil, muy necesaria, indispensable es una Escuela de Ciencias Sociales, y muy cuerdo es pedir su fundación.

Pero lo sería menos el creer que en ella se tendría una panacea... El reinado de la incompetencia, como diría E. Faguet, está por mucho tiempo asegurado en las modernas democracias... Ejemplo: Francia, con su magnífica escuela de Ciencias Políticas, tan justamente alabada por el señor Rodríguez Mendoza.

Pero dejando la política, hablemos de literatura...

En el señor Rodríguez Mendoza, el periodista y el literato viven en perfecta armonía.

Abundan en este libro páginas dignas del autor de *Cuesta Arriba*. Léase, por ejemplo, esta descripción de un paisaje chileno:

«Muy lejos, en la cordillera, una cumbre nevada presidía matinalmente una reunión de cimas.

«En los pequeños valles, verdaderos tapices que cubren a

(1) Este vocablo no se halla en el Dicc. de la R. A., pero ya que existe «letrado, no vemos por qué no existirá «iletrado»...

medias las curvaturas femeninas de los montes, pastaban los ganados y ondulaban con ruido de cigarras y abejorros los mazaes.

«La mañana, fresca y luminosa, porque recién bajaba de los montes en que presidía como un anciano el picacho nevado, esparcía torrentes de luz fecunda que iba a dar una última pincelada de color a la cosecha madura, a la espiga que se desgrana en la mata y al racimo que entre cantos de abejas y vendimiadores revienta jugosamente en el viejo lagar de cuero de res...» (páginas 249-250).

¿No es encantador este cuadro? Por más que haga el autor coincidir la época de las espigas maduras con la de la vendimia, el paisaje queda grabado en la imaginación del lector.

Mientras leía las hermosas líneas que acabo de copiar, acudió a mi mente un recuerdo de J. M. de Heredia, evocado por la cumbre que «preside una reunión de cimas».

*Les Andes étageaient leurs gradins de basalte,
De porphrie, grés d'ardoise et de granit
Jusqu'à l'ultime assise où le roc qui finit
Sous le linceul neigeux n'apparaît que par place.
Plus haut l'âpre forêt des aiguilles de glace
Fait vibrer le ciel bleu par son scintillement.
On dirait d'un terrible et clair fourmillement
De guerriers cuirassés d'argent, vetus d'hermine,
Qui campent aux confins du monde, et que domine
De loin en loin, colosse incandescent et noir,
Un volcan qui, dressé dans la splendeur du soir,
Hausse, porte-étendard de l'hivernal cortège,
Sa bannière de feu sur un peuple de neige.*

27 de julio de 1914.

«SANTA COLONIA» (*)

«El tiempo como el mundo tiene dos hemisferios, uno superior, y visible, que es el pasado, otro inferior, e invisible, que es el futuro: entre el uno y el otro hemisferio, extiéndense los Horizontes del tiempo, que son estos instantes del presente que vamos viviendo, donde el pasado se termina y el futuro comienza: desde este punto toma su principio nuestra historia, la cual nos irá descubriendo las nuevas regiones y los nuevos habitantes del segundo hemisferio del tiempo, que son los Antípodas del pasado».

Con estas palabras da principio a su «Historia do Futuro», el elocuentísimo Padre Vieira, llamado con toda justicia el «Bossuet de Portugal».

Pero, preguntará algún lector: ¿a qué asociación de ideas débese esta cita? ¿Qué tiene que ver con aquella división del tiempo la novela del señor Rodríguez Mendoza?

Esta pregunta es legítima, aun cuando la juzgo un tanto inútil.

«Nada tiene que ver con el hemisferio del pasado, con «la parte superior y visible» del tiempo una novela intitulada «Santa Colonia?»

¿No apunta hacia el hemisferio del porvenir una historia en que, nosotros, desde los «horizontes do tempo», o sea, sentados en el cómodo balcón del presente, vemos al pasado ceder el campo al porvenir?

En la novela del señor Rodríguez Mendoza asománse las «Antípodas do Pasado». Allí emerge repentinamente «el hemisferio inferio e invisible que es el futuro», un futuro acerca del

(*) Novela por Emilio Rodríguez Mendoza.

cual podríamos decir con el P. Vieira: «Oh qué de cousas grandes, et raras, haverá que ver neste novo descobrimento».

Pero, antes de ir más lejos, conviene que analicemos brevemente la «Santa Colonia»

Cinco son los personajes de la novela: un difunto (cuya actividad póstuma, si así puede decirse, llena de infelicidad esta novela y la convierte en tragedia) y cuatro vivos, la viuda y el hijo legítimo del muerto, una infeliz niña, cuyo porvenir trágico tiene sus raíces en el pasado de aquella familia, y, por fin, el capellán.

En la casa «colonial» que es el principal escenario para esta novela, no habría nadie fuera de los protagonistas ya nombrados si no apareciesen, rebaño miserable y doliente, unos cuantos enfermos asilados en ella.

La morada fue, para el muerto, un museo. Es hoy un hospicio incipiente, cuyos huéspedes, un cieguecito, un atarácico y «otro casi mudo» son la vanguardia de la tragedia.

Al difunto, le llamaban sus contemporáneos el «mosquetero».

«Había muerto relativamente joven, sin saberse, o sabiéndose demasiado, de qué. Rondaba ya cerca del gran señor, un poco *vieux-mode*, la muerte (1) y él —viejo mosquetero— se sonreía: había vivido su vida... ¡Cuenta clara! Se habían desvanecido las estrellas de escenario de aquellos tiempos de la primera herencia; pero dejaba una rica colección de antigüedades que la posteridad, agradecida, sabría apreciar» (p. 15-16).

Dejaba, además, tres seres en cuya desgracia aquel «*vieux-marcheur*» tuvo la principal parte.

Primer desdichado: su hijo el mayorazgo. «Inadaptable a la vida urbana prefería (éste) el despoblado y, a campo travieso, cruzaba el fundo en la tarde en medio de sus perros, seguido del

(1) Supongo que este calificativo (que debiera leerse *vieille-mode* para ser correcto) es error tipográfico. En el original leíase sin duda *vieux-marcheur*, que es uno de los diversos calificativos con que en francés se traduce *viejo verde*.

capataz que lo había visto «así chiquito»... Heredero de varias generaciones de gente parca, según los informes de su madre; de poco discurso y que ganaba en instinto y hasta en lógica lo que no barruntaba de libros ni de leyes, el mayorazgo se rebelaba contra la vida codificada, según usos y costumbres de un relajamiento monótono, especie de lenta intoxicación operada en un ambiente empozado en que suelen entremezclarse los perfumes con las emanaciones del alcohol graduado en las cantinas y medallado en los certámenes oficiales. El era él; bueno y malo a la vez; pero a su manera. Era lo que era: el mayorazgo Henares de Póveda y Cernadas...» (p. 7-8).

Era, diré yo a modo de conclusión, lo que debía ser, es decir, un desequilibrado, digno vástago del anticuario que había muerto relativamente joven, sin saberse, o sabiéndose demasiado, de que. Ese «qué» helo ahí encarnado en el mayorazgo, en ese centauro que «al frac cortado para doblarse, prefería el lomaje nebliniento de sus tierras, fundo y mina a la vez, que cruzaba, a campo travieso, seguido de su capataz y sus perros de batida».

Venga la segunda víctima, venga la desdichada, «la pobre», la sin nombre... ¿Quién es ella?

Tan pronto como entreví esa «anónima» imagen del dolor, esa mártir del pecado ajeno, adiviné quién era. Lo diré desde luego: es hija del mosquetero, hija ilegítima, por cierto, y recogida por la viuda de aquel «vieux-marcheur...»

La viuda sería la tercera víctima si no fuese, ante todo, victimaria.

Doña Angela de Cernadas de Henares de Póveda, más vale declararlo desde luego, no me merece compasión alguna.

Esa «Quintrala devota», esa beata sin corazón ni sesos empeñada en acortar, a costa del martirio ajeno, el purgatorio de su marido, es un personaje intolerable.

He de confesarlo, aún a riesgo de que se rían de mí los impasibles, los superhombres: no puedo con ella. Doña Angela (¡Doña Demonia!) me saca de quicios. Si este efecto de horror

es el que quiso el señor Rodríguez Mendoza obtener en sus lectores, puedo asegurarle que en mí, al menos, lo obtuvo pleno, definitivo, perfecto.

Pero, en obsequio a la verdad (y este es punto de mucha importancia) conviene agregar: que aquella mujer, en cuanto a salud mental, no está en sus cabales.

De la pobre niña, hija de su marido, quiere hacer la fundadora de una nueva orden religiosa, pero no piensa en preguntarle si tal es su vocación. Para ella el asunto es claro: «La Pobre», por el solo hecho de ser hija del mosquetero, ha de sacrificar su juventud, su corazón, su vida toda, para apresurar la entrada del dicho mosquetero en el cielo. ¿Qué religión, qué caridad es ésa? De la vieja casa colonial hará un convento y un hospicio. ¿Con qué derecho? ¿No tiene un hijo, por ventura?

Peor aún: esa niña sin nombre, pero no sin belleza, esa niña, cuyo «estado civil» es un secreto para ella y para el joven mayorazgo, crece y, en ese ambiente de locura y de muerte, roba, sin pensarlo ni quererlo, el corazón del hijo del mosquetero, es decir, de su propio hermano: ¡fatalidad digna de la antigua tragedia griega!

Dije, al principio de este artículo, que en la «Santa Colonia» hay un capellán.

En presencia de la tragedia que vemos fraguarse desde las primeras páginas, ¿qué hace este sacerdote?

Nada y, digámoslo luego, pues esta es la verdad: nada puede hacer.

Porque ha de saber el lector que las mujeres del molde de doña Angela, egoístas, orgullosas, testarudas y, sobre todo, locas, no admiten dirección alguna. De ellas podría su director espiritual decir lo que de sus tropas dijo cierto general francés a quien en 1871, un batallón de Comunistas llevaba de jefe, pero sin obedecerle: «Je suis leur chef; donc, il faut que je leur obéisse...»

Por más que el capellán de doña Angela sea un hombre eminente por la ciencia y la prudencia; por más que en su larga intimidad con el pasado colonial de Chile, aquel sacerdote (que es a la vez un eminente historiador) haya aprendido a conocer y a juzgar el presente, de nada sirve la experiencia acumulada por él. La tragedia estalla (inútil es decir en qué consiste: el lector, la tiene prevista), estalla, digo, la tragedia; y el capellán es llamado cuando ya aquel horror no admite remedio, y se le llama cuando ya todo ha concluido.

¿Por qué lleva el libro del señor Rodríguez Mendoza el título de *Santa Colonia*?

Confieso que no lo sé. En él lo único colonial es, por una parte, la casa trágica, el Santo Cristo al pie de cuya imagen tallada se desarrolla una serie de escenas de locuras y de dolor y, por otra parte, el orgullo aristocrático de doña Angela.

En una de las más poderosas escenas de esta novela, doña Angela lleva a su hijo a la sala de los antepasados. Ahí «ostentábanse medio empotrados en las paredes los sillones emparentados con el Virreinato, a que llegaba a sentarse el mayorazgo cerril, obsesionado en silencio por la idea de la hembra distinta de todas las demás. Qué le importaban aquellos ascendientes dudosos, que mantenían a través del tiempo las vanidades de los segundones que hace siglos venían a parar tan lejos de la vida palatina.

«Doña Angela señaló a los ilustres antecesores: —No querrás renegar de tus antepasados»...

Pero, ¿quiénes eran esos «patricios de la estirpe»? ¿Eran siquiera hijos de los que acompañaron a Pedro de Valdivia en la conquista de esta tierra? No.

«Venidos después de los Conquistadores no tenían con éstos ninguna cercanía, y en vez de coraza usaban casaca florida, y en vez de espadón batido recientemente, encumbrado bastón de borlas».

No. Los antepasados del mayorazgo no eran «guerreros en-

jutos» como los del Greco... Eran «parásitos adiposos» y en ellos se incubaron «las mansas lentitudes de hoy». «Eran los bastardos del clasicismo y no conocieron a los guerreros, poetas y fanáticos, amontonadores de oro de una gran centuria mental» (p. 37-38).

Esto, si no me engaño, no cuadra perfectamente con la psicología del mayorazgo y de su madre.

El primero, «ese loco», como lo llamaban sus conocidos, ese «centauro» cerril, capaz de amar con la violencia que le conocemos y de menospreciar todos los placeres de la vida urbana ¿no parece acaso llevar en sus venas alguna gota de la sangre ardorosa y violenta de los conquistadores?

En la misma doña Angela, esa pasión póstuma, ese amor de ultratumba por un marido que la menospreció, ¿no tiene, por ventura, algo de noble, en medio de sus excesos?

¿Son razas místicas las que nacen en las trastiendas y cuyos fundadores, si tal puede decirse, pasaron vida tras vida envueltos en el prosaico realismo de los negocios comerciales?

Entre los progenitores de esa madre y de ese hijo, hubo, sin duda, al lado de los «parásitos adiposos» de que habla el autor, alguno de esos guerreros enjutos y místicos que acompañan, en el cuadro del Greco, el cadáver del conde de Orgaz.

Sea de ello lo que fuere, «Santa Colonia» los presenta en el cuadro que merecen, cuadro vigoroso, atormentado y desconsolador, cuadro capaz de infundir pesimismo en el alma del lector si éste no advierte que, fuera del capellán, cuya presencia en esta tragedia es puramente episódica, el elenco de los personajes que figuran en ella es una lista de hospital.

La lección que de ella puede sacarse, hela aquí: ¡Cuidado con el «treponema»!, es decir, cuidado con ese «qué», cuya virulencia lejos de perecer con el «mosquetero», se conservó activa en la «Santa Colonia» y la volvió infierno!

En esos «antípodas del pasado», de que hablaba el P. Vieira, «¡qué de cousas grandes et raras haverá que ver», cuan-

do con el progreso de la ciencia médica, se llegue a explicar (y tal vez a esterilizar) la herencia patológica de los «mosqueteros...»

He dicho ya que los cuadros de esta novela se distinguen por su vigor. Este se acrecentaría mucho más y sería percibido de todos si el autor, tan atento al fondo y a la sustancia, no descuidase la forma y el estilo.

En la sola página 7 que es la primera de la novela, encuentro las siguientes frases:

1. «No le venía mal ese nombre (de mayorazgo) *caducado* por las leyes», donde se da a *caducar*, verbo neutro, un significado que no tiene; 2. «*Humanizando* su cara cardosa», donde se da a *humanizar* el significado de *humanar* (*humanizar*, con significado activo, es galicismo); 3. «A pesar de sus despotismos de *feudatario*...» es decir, de «señor feudal», lo cual es muy distinto, puesto que *feudatario*, significa «sujeto a feudo».

Nada diría de los neologismos que he encontrado si todos fuesen necesarios o, al menos, útiles, porque, al fin y a la postre (o más bien «al principio»), no hay vocablo que no haya sido neologismo. Pero la libertad de «neologizar» tiene sus límites. Ahí está, por ejemplo, la frase «Nada sabía ella de complicaciones ni *extravismos*» (pág. 79), la cual nos obliga a preguntar si *extravismo* es necesario o útil, mientras existe *extravío*. Agréguese a esto que *extravismo* puede confundirse con... *estrabismo*, y así el peligro de error y confusión se vuelve grave...

Si el señor Rodríguez Mendoza no fuese el autor de *Días Romanos*, de *Vida Nueva* y de tantos libros hermosos que le han dado un puesto de autoridad en la literatura chilena, estas observaciones carecerían de objeto, puesto que los errores apuntados no entrañarían peligro.

10 de septiembre de 1917.

«COMO SI FUERA AYER!...» (*)

Al fin tenemos en Chile un libro análogo a los dos que, en años pasados, publicó Arthur Meyer, intitulándolos *Ce que mes yeux ont vu* y «*Ce que je puis dire*». Ese libro es el que vamos a examinar en esta crónica.

Al compararlo con los de Arthur Meyer, no pretendo insinuar que el ex periodista chileno, autor de *Como si fuera ayer...* haya imitado a su colega francés. Quiero únicamente indicar que el libro del señor Rodríguez Mendoza desempeñará aquí un papel parecido al de los dos libros de Meyer, es decir, nos presentará, como en una sucesión de vistas cinematográficas, los hombres y los acontecimientos de los últimos treinta años de la vida santiaguina.

—¿Imitar a Arturo Meyer? ¿Para qué y cómo imitarle?

No sé si en esto el lector compartirá mi opinión, pero me atrevo a decir que, en cuanto escritor, Arturo Meyer, aunque más famoso, es inferior al señor Rodríguez Mendoza.

Meyer escribe con fluidez, pero sin vigor. No es artista. Carece de imaginación y de estilo. Los «clichés» y las frases hechas son su «plat de résistance» y si no fuera porque, con sólo nombrar a ciertos personajes históricos, da vida y movimiento a su relato, éste resultaría pálido, seco, lento y sin sustancia.

No así el señor Rodríguez Mendoza, quien, precisamente, peca, si esto es pecar, por exceso de originalidad, mejor digamos, de «personalidad» en su estilo. El color local de que carecen los libros de Meyer, abunda en la obra del autor chileno. El señor Rodríguez Mendoza es a la vez cronista y pintor. Los hombres y los acontecimientos han dejado en su retina una imagen que él, con un par de pinceladas, traslada al papel. Es un evocador co-

(*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

mo puede verse, por ejemplo, en el retrato de don Isidoro Errázuriz o de Rubén Darío.

Hay, ciertamente, incorrecciones, hijas, si no me engaño, de la improvisación, pero ¿quién, viéndolas rescatadas por el vigor y la originalidad, no las prefiere a la correcta cursilería de Meyer?

«Los ojos» de Meyer «han visto» más cosas que los del señor Rodríguez Mendoza, pues éste, fácilmente, podría ser nieto de aquel anciano, cuya larga vida de periodista empezó antes de 1870 y se prolonga hasta hoy. Es también cierto, que, aun cuando Meyer no diga todo lo que ha visto u oído, dice más que nuestro autor. Pero ¿quién se lo reprochará al señor Rodríguez Mendoza, si se toma en cuenta que en París «ce que je puis dire» (esto es, la libertad de decir) es mayor, sin duda alguna, que en esta tierra «donde todos nos conocemos»?...

Lo que el autor chileno ha visto y puede decir, confiere a este libro el carácter de «memorias» y le da un valor evocativo de primer orden.

Esto podrán apreciarlo aquellos que, como yo, han empezado a vivir en Chile en la fecha de los primeros recuerdos apuntados por el señor Rodríguez Mendoza (1).

Como él, conocí yo a Santiago a raíz de la Presidencia de don Domingo Santa María, cuando aún la Alameda contenía álamos, cuando el Puente de Cal y Canto hermoseaba un paisaje hoy sin gracia, que recorro todos los días, cuando los «carritos» urbanos, humildes, vulgares y lentos, hacían con sus flacos rocinantes un servicio más eficaz que los suntuosos y veloces tranvías de hoy; cuando La Moneda (hablo del palacio) «no había sido aún afrentada con las puentes de fábrica de bicicletas con que ha sido exornada después de 1891»; cuando, por fin, (¡hay que terminar alguna vez!), cuando la Catedral era, no la

(1) Antes de ir más lejos, advierto aquí que el autor ha sido demasiado parco en materia de fechas. En libros como éste, es decir, en «Memorias», cada capítulo, cada acontecimiento o aparición de personajes nuevos debe llevar la fecha.

obra de pastelería de hoy, sino el colonial edificio de piedra, imponente, aunque feo, que conocimos.

Santiago era hermoso entonces. ¿No lo es hoy? preguntará alguien: a lo cual contestaré yo como cierto personaje de Molière: «Je ne dis pas cela!... pero a riesgo de escandalizar a muchos diré que si hoy es hermoso, lo era entonces de otra manera y más porque conservaba aún algo de su originalidad colonial. Hoy es hermoso como lo son los figurines de los diarios de moda, que se parecen unos a otros en todos los diarios del mundo

Al suprimir a dinamitazos el puente viejo, al envolver a la Catedral en un vulgar manto de cemento, al barrer todo lo que quedaba de los tiempos antiguos, en una palabra, al modernizarse con desenfreno, Santiago perdió su carácter propio, su sello nacional, y, si se me permite usar esta palabra, su personalidad.

Pero dejemos de mano esas añoranzas que a nada conducen, puesto que no hemos de resucitar lo antiguo, lo muerto, por más que lo alabemos.

El señor Rodríguez Mendoza empezó a abrir esos sus buenos ojos allá en 1885, en los tiempos de Santa María, y a estudiar en el Instituto Nacional, donde conoció, si no los tuvo por maestros, a don Diego Barros Arana, a los hermanos Amunátegui y a don Balamero Pizarro.

Era, si le creemos (pero supongo que en esto hay algún espejismo), era más aficionado a la «cimarra» que al estudio. Cualquier acontecimiento callejero le bastaba para ausentarse de la escuela. En hora de clase se le encontraba en el Cerro, a orillas el Mapocho, en el Puente de Cal y Canto, en todas partes menos en el Instituto. Aquellas andanzas terminaron en el Colegio de los PP. Agustinos, de donde salió armado para luchar por la vida.

Como tantos otros inicióse en la carrera de los empleos públicos en un Ministerio y tocóle presenciar en La Moneda la revolución de 1891.

Cayó con Balmaceda y luego obtuvo un empleo de redactor en el diario «La Ley».

¡Qué no vio! ¡A quién no conoció! En sus recuerdos desfilan si no todos, al menos los más de los hombres que han figurado en la política y en la literatura durante más de veinte años.

Su libro se divide en dos partes. En la primera el señor Rodríguez Mendoza nos introduce en el Instituto, en el Colegio San Agustín, en las oficinas de «La Epoca», en La Moneda. Ahí vemos a Rubén Darío, luchando sin vencer, con la pobreza, y a Balmaceda presenciando impertérrito el derrumbe de su poderío.

Mucho se ha escrito sobre la Revolución de 1891, pero creo no haber leído nada que me permita evocar con tanta nitidez como este libro el ambiente santiaguino a fines de 1890 y durante la contienda. El autor era entonces un niño, pero si no penetraba su mirada hasta los resortes íntimos de la máquina política, en cambio nadie mejor que él observaba sus manifestaciones externas en las calles y en La Moneda.

Su relato de Lo Cañas es una maravilla.

En la segunda parte cuenta el autor numerosas anécdotas relacionadas con su colaboración en «La Ley». Una de las más graciosas es la de su entrevista con el Illmo. señor Casanova a raíz de la excomunión que el prelado pronunciara contra aquel diario.

Entonces, como ahora, los duelos estaban de moda. Si mal no cuento, tocóle al autor desafiar o ser desafiado tres veces, pero, en ninguno de esos combates, corrió la sangre hasta el río. Cuéntalos el señor Rodríguez Mendoza en tono festivo, tan festivo que, al final, quedó yo asombrado de la conclusión filosófica a que llega. Dice, en efecto: «Creo... que el duelo es necesario, aunque más no sea para aumentar el mutuo respeto que la gente debe guardarse y se guarda en las sociedades más cultas». ¿Cómo es esto? ¿que respeto pueden infundir comedias como las que el señor Rodríguez Mendoza nos pinta tan a lo

vivo entre risa y risa? Comprendo que lo infunda un combate verdadero a que se va con la firme y mutua voluntad de matar y del cual uno al menos no vuelve intacto. Pero ¿fueron de esta índole los tres combates ya mencionados y los demás que conocemos? Y si ellos han «aumentado el mutuo respeto», ¿quién ha logrado comprobar ese aumento? Por más que busque, no encuentro sino una explicación y es ésta: si el duelo fomenta el mutuo respeto, ha de ser en virtud de la máxima escrita en letras de oro en el frontón del teatro de *La Comédie: Castigat ridendo...* ¿No la ha leído en París el señor Rodríguez Mendoza?

Por lo demás no creo en la eficacia del castigo, es decir, de la educación por medio de la comedia. Hay siempre avaros a pesar de *L'Avare*; hay hipócritas a pesar de *Tartuffe* y hasta abundan los *Femmes Savantes* a pesar de Molière. La comedia no corrige a nadie... Aplíquese esto al duelo y ¡Santas pascuas!

El libro del señor Rodríguez Mendoza es tan instructivo como ameno. Como el buen vino irá adquiriendo más valor con los años. Día llegará en que, después de deleitarnos, instruirá a las nuevas generaciones y a los historiadores.

Acordémonos de la teoría de Taine sobre los «pequeños hechos característicos» de un hombre o de una época. Hechos de esta índole abundan en «Como si fuera ayer».

24 de abril de 1921.

«REMANSOS DEL TIEMPO» (*)

«Remansos» es un vocablo muy evocador para mí. Al verlo en el título de este libro, recordé uno de mis viajes por la cordillera del Norte en la región que, antes de mucho, será atravesada por el ferrocarril de Salta a Antofagasta. Allí, con frecuencia, el

(*) Por Emilio Rodríguez Mendoza.

camino iba por la orilla de esteros secos, cuyo lecho, lleno de arena brillante parecía invitar a buscar oro en ellos. Y como yo expresara esa idea, uno de los indios que me acompañaban, hombre ya viejo y oracular, me declaró que era inútil buscar allí polvo de oro, excepto en los remansos. «¡Sólo en los remansos, tatitai, sólo en los remansos!» Y supe que, en efecto, los indígenas de esas regiones habían a veces encontrado oro en las arenas de algunos remansos.

Esta palabra, o más bien, la asociación de ideas provocada por ella me invitó a buscar oro en este libro y no tardé en hallarlo.

No todos sus remansos son igualmente ricos; pero hay uno que, desde el punto de vista literario, me dio buena cosecha: es el que lleva el título de *Rubén Darío en Chile*. Allí hay pepitas de buen tamaño que vamos a analizar.

Don Emilio Rodríguez Mendoza, en su niñez, había estado en contacto con Darío, amigo íntimo de su hermano Manuel y le profesaba grande admiración. Criado en ambiente literario, ambicionaba distinguirse en el campo de las letras. Pero, ¿cómo conseguirlo, sin publicar un libro? Habiendo, pues, juntado algunos cuentos juveniles, don Emilio quiso verlos cuanto antes en letra de molde y solicitó de Rubén Darío, entonces cónsul en Buenos Aires, un prefacio. ¡A buen árbol se arrimaba!

Darío, enemigo de prefacios, consintió, sin embargo, en complacer al joven autor que conociera cuando revoloteaba con afectuosa curiosidad de niño, en torno de él en el salón de su hermano Manuel.

Pero, a manera de ante-prefacio, si tal puede decirse, escribióle el poeta una carta digna de recordación.

Después de algunas explicaciones que, por ahora, son de importancia secundaria, dice Darío: «Hablemos de usted y no de mí. De usted, que *ha salido escritor, y lo que es peor, oh!, desgraciado!*, con talento». ¡Palabra honda! En sus profundidades está latente la siguiente proposición: Cuanto más inteligente es un

escritor tanto mayor es su desgracia. De lo cual, por una operación que los profesores de lógica suelen enseñar a sus discípulos, dedúcese que sólo los escritores sin talento son felices y que cuanto más carecen de inteligencia, tanto más abundan en felicidad.

¿Ironía? ¿Paradojas? Largo sería discutir a fondo esta materia, pero creo que, mirado todo esto en conjunto, no le falta razón a Darío, porque, en efecto, nadie comprueba mejor que un Rubén Darío la desdicha del escritor de talento cuando, como en el caso del gran nicaragüense, ese talento es pura y simplemente literario. La historia está llena de casos parecidos. «Lugar común» de ella es el tema del poeta desdichado. Sólo dos grandes escritores me parecen haber sido felices: Goethe y Víctor Hugo, porque, aunque «literarios» o literatos en grado excel-sísimo, fueron, al mismo tiempo, hombres prácticos, hombres completos. Goethe, además de poeta, era un hombre de mundo, muy hábil y, pudo, si hubiese querido o si el estado político de su patria lo hubiese permitido, ser un gran estadista. Hugo era, a la vez que insigne poeta, un financista de gran vuelo que sabía hacer dinero con sus poemas y sacar oro de todos sus remansos. En suma, tenía razón Darío.

Pero, más aún, la tenía cuando agregaba: «Lo que he leído de usted me ha agradado mucho, a pesar de sus naturales defectos: pastichar, calco, etc., en la forma, pesimismo y bohemia en el fondo. Pero es efecto de sus primeros entusiasmos. Hay que imitar siempre al comienzo; hay que ser hijo de alguien, pues, no se nace sin padres, como puede afirmarlo La Palisse el perilustre».

Esta verdad podría fácilmente demostrarse con ejemplos históricos: los más originales talentos tienen padres; la investigación de la paternidad literaria es, precisamente, una de las más interesantes e instructivas tareas de la crítica. Pero eso de ser hijo, es decir, el pastichar y calcar, etc., no se perdona sino en los comienzos. Los escritores que siguen calcando eternamente (como, por desgracia, sucede tan a menudo y a vista nuestra), merecen más bien el nombre de escribidores. Muchos, en ver-

dad, lo reconocen ellos mismos calladamente y, después de publicada una pequeña colección de poemas, arrinconan el laúd para siempre. ¡Alabemos su sabiduría!

Un consejo maravillosamente fecundo: «He leído sus críticas o, mejor dicho, sus impresiones de «La Ley». ¡Buenas! ¡Pero lea usted, lea usted! y así será mucho, créame usted. *No importa que el público no entienda*: en asuntos de arte nunca debe escribirse para el público. *El pobre Valdés Vergara, ¿no me suprimía mis crónicas del «Heraldo», porque escribía demasiado bien para Valparaíso?»*

¿Paradoja, otra vez? No. En realidad, el público se parece, en materia de arte y también de filosofía a un niño que, en la mesa de la casa paterna o en la tertulia que ahí se junta (y también en la escuela), oye vocablos que no entiende. Pero en esos vocablos están encerradas ideas que con el tiempo salen a luz en su cerebro y llega un día en que, sin saber cómo, aquel niño se halla provisto de un «ideario». Efecto de la repetición. En ello por lo demás, fúndase la eficacia del aviso comercial, como todo el mundo lo experimenta en sí propio todos los días. Hay que «avisar»... Esto mismo viene prescripto en los Evangelios: «Lo que me oís al oído —decía Cristo a sus apóstoles—, pregonadlo desde los terrados». Y ¿qué cosa es un diario sino un terrado? Allí deben los escritores poner en práctica aquel mandamiento y, además, el de un apóstol que, de vivir en el siglo XX, sería, sin duda alguna, periodista incansable. Decía San Pablo a su discípulo Timoteo: «Predica la palabra, insta a tiempo y fuera de tiempo, reprende, censura, exhorta con toda longanimidad y plenitud de doctrina».

«Insta», dice: esto es, insiste, repite, haz lo que los avisadores de jabón, cocoa y alimento para niños... Poco importa que el público ignore los primeros elementos de la química... Al fin comprará. Lo mismo sucederá con el arte y la filosofía, el público comprará, es decir, comprenderá. *No importa*, decía Darío, *que el público no entienda* tus diez primeros artículos, pero

entenderá el centésimo y entonces la cosecha estará a la vista... ¡Repetición! ¡Repetición! Esta es «la ley y los profetas», en materia de periodismo.

Esa carta de Darío es fuente inagotable de comentarios. Cada línea de ella los pide a gritos. Pero hay que limitarse. Terminaré citando el final: «Un día me dijo Menéndez y Pelayo que «Chile no había tenido nunca un poeta» en el sentido justo...» y agrega Darío. «Que tenga Chile, por la razón o la fuerza, poetas, mi amigo Emilio».

La aseveración de Menéndez y Pelayo, verdadera, tal vez, en esos años (1891-1895) sería más discutible hoy en día. Pero lo que me llama la atención en ella es la importancia que se atribuye a semejante hecho.

Primero: ¿qué es «poeta en el sentido justo»? ¿Lo sabe alguien? ¿Qué hubiera contestado Menéndez y Pelayo si Darío le hubiese replicado que en España tampoco hay poeta en «el sentido justo», es decir, por ejemplo, un poeta como Goethe, como Byron, como Heine, como Baudelaire, etc.

La literatura española debe considerarse, no desde el punto de vista geográfico-político, sino desde el punto de vista racial y sintético: Chile, literariamente, es España, y, entonces, la cuestión se reduce a ser análoga a la que se promueve, en Francia, sobre la pretendida esterilidad poética de las provincias más latinas de aquel país, es decir, de toda la región al sur del río Loira. Cuestiones a juicio mío, ridículas, tinterillescas. Es pura casualidad que, en un momento dado, los poetas abunden en el Norte y escaseen en el Sur. Esperen un momento, caballeros, y lo que hoy es cierto o parece serlo, será falso mañana. Ejemplo: Paul Valéry. Después de escribirse volúmenes sobre la esterilidad del Sur, vemos el Norte enamorarse de un poeta nacido en Cette, a orillas del Mediterráneo, de un poeta cuya meridionalidad es indiscutible. ¿Quién tiene ahora la primacía, el Norte o el Sur?

No es que yo me haya enamorado de Valéry; pero no se me negará la bondad de mi argumento.

Igual podría argumentarse por Chile. El propio Darío vivió lo bastante para ver cumplido su deseo: ahora Chile tiene poetas por la razón o... por la fuerza... De todos modos, los tiene y basta.

En estos «Remansos» hay mucho oro que buscar, especialmente en un elocuente discurso pronunciado en Madrid por el señor Rodríguez Mendoza sobre «*las culpas ajenas en la evolución de la América Española*». Algún día lo comentaré como merece. Sólo me queda decir, en conclusión, que el autor de «Remansos» ha sido digno discípulo del inmortal maestro que honró con un prefacio sus juveniles «Gotas de Absintio».

7 de noviembre de 1929.

MANUEL ANTONIO ROMAN

«DICCIONARIO DE CHILENISMOS Y DE OTRAS VOCES Y LOCUCIONES VICIOSAS» (*)

Entre los árboles unos (como, por ejemplo, los eucaliptus) crecen con asombrosa rapidez y en menos de un lustro adquieren gran corpulencia y altura; otros, como la encina, parecen despreciar el tiempo y se desarrollan a lo largo de un siglo con desesperante lentitud. Pero entre los de pausado crecimiento y los que podríamos llamar instantáneos, hay mucha diferencia cuanto a solidez, duración y valor. Igual sucede con los libros. En éstos como en aquéllos se verifica la conocida ley según la cual el tiempo no respeta sino lo que ha contribuido a edificar.

(*) Por Manuel Antonio Román, tomo II.